

Reseña del libro

Ciudadanía y democracia en la educación

Una propuesta gratuita para cambiar la sociedad

Miguel Ángel Rumayor Rodríguez, 2013



Genarina Mercedes Caba Liriano*
Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra (PUCMM)
gm.caba@ce.pucmm.edu.do

Actualmente, la conciencia ciudadana, que debería ser el componente que vertebra las relaciones humanas en los diferentes ámbitos de la vida, se ve amenazada por el individualismo, las ansias de poder y la acumulación de riquezas. En ese contexto es importante señalar la educación como herramienta transformadora de la sociedad, de cara a la democracia y la construcción de ciudadanía. Es en este escenario que cobra mayor importancia la obra del autor Miguel Ángel Rumayor Fernández, “Ciudadanía y democracia en la educación”. El doctor Rumayor Fernández ha cursado estudios doctorales en Filosofía y letras, sección: Ciencias de la Educación. Cuenta con una amplia experiencia en la docencia universitaria y es miembro del Sistema Nacional de investigadores de México.

“Ciudadanía y democracia en la Educación” es una publicación de la editorial Ediciones Universidad de Navarra, S.A. Pamplona, en el 2008, y consta de 225 páginas. En el prólogo, Alfredo Rodríguez Sedano le atribuye gran valor a este libro precisamente por ocuparse de tocar el tema de la ciudadanía y la democracia en la educación, puesto que la “literatura” al respecto es escasa. Ciudadanía y democracia en la educación es una obra de estructura canónica. Consta de siete capítulos, que comentaremos a lo largo de esta reseña. Para cubrir la gran diversidad temática desarrollada en estos capítulos, el autor

se ha propuesto como objetivos: destacar la importancia de la educación en la construcción de la ciudadanía y la democracia; provocar la reflexión en relación con las formas en que se concibe la ciudadanía y la democracia en la educación; enfatizar en los valores de la igualdad, la equidad, la justicia y la afectividad, que, al ser integrados en la educación, juegan un papel importante en la construcción de ciudadanía y la democracia. Por último, también el libro pone de manifiesto la forma errada en que se asume el concepto de igualdad en la educación.

Con un estilo claro y comprensible, al mismo tiempo cuidado y limpio el autor expone en cada capítulo su punto de vista en relación con la ciudadanía y la democracia en la educación y sus implicaciones. El autor se vale de voces de expertos para justificar cada uno de sus argumentos y ejemplifica algunas ideas, esto hace que el texto sea mucho más digerible para el lector. De igual manera, él define y explica aquellos conceptos que pudieran ser ajenos para los que se acercan al texto, lo que hace mucho más didáctica y comprensible su obra. Así las cosas, este libro constituye una fuente de conocimientos, que todas las instituciones educativas deberían tomar en cuenta y socializar con sus actores, puesto que su aporte holístico e integrador se traduce en un reto para la universidad en relación al fomento de la ciudadanía y la democracia en los estudiantes

* Profesora por asignatura de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM). Para contactar al autor: gm.caba@ce.pucmm.edu.do



En el capítulo uno el autor expone de forma explícita cómo a lo largo de los años la educación ha estado orientada hacia creación de sujetos sumisos y no así a la construcción de ciudadanos con capacidades para vivir en comunidad.

En palabras literales del autor, refiriéndose a los proyectos democráticos, declara que: “el objetivo es la educación para el ejercicio del voto, (...) pero no a la transformación de los ciudadanos para asumir un modo concreto de vivir y relacionarse con los demás como es la vida democrática”. (p.34).

El autor le atribuye especial importancia a la prudencia y destaca su ausencia en la educación democrática. En tal sentido, expresa: “la prudencia es una virtud que está opacada o sencillamente no existe entre muchos educadores [...]” (p.42). La forma crítica en que el autor aborda los temas de este capítulo evidencia su sensibilidad humana y su profunda preocupación por el rumbo de la educación. Para concluir el capítulo, el autor valora de manera objetiva la educación democrática de John Dewey, al enfatizar su “lucha” y sus aportes en relación con la ciudadanía y la democracia (p.62)

En el capítulo dos el autor continúa abordando el tema de la prudencia, esta vez relacionada con dos elementos de gran importancia, como son: la conciencia y la afectividad. Inicia declarando la esfumación de la prudencia de los planes de estudios. Se refiere a los ciudadanos como ciudadanos sin conciencia. Esta concepción del autor queda explicitada cuando expone: “La modernidad ilustrada ofrece una imagen de ser humano dividido y carente de narrativa, el cual no tiene (...) ni origen ni finalidad [...]”. (p. 72). Un aspecto importante que pone en evidencia la capacidad crítica de Rumayor es su rechazo ante algunos autores, educadores o psicólogos que conciben la conciencia como un acto biológico, puesto que para él la

conciencia es: “(...) un acto personal, el cual se lleva a cabo en un espacio de tiempo y en una situación dada” (p.72). El otro elemento que el autor incorpora en este capítulo es la afectividad, y juzga como una imprudencia ignorarla.

De igual manera, en este capítulo el autor también toca el tema de la emancipación y el naturalismo educativo. Al respecto, destaca que: “el proyecto ilustrado de emancipación del ser humano, está relacionado con la “madurez” y no con el “perfeccionamiento” [...]. (p. 83.) Es importante aclarar que para el autor la madurez está ligada a lo físico y a lo biológico y concluye cuando el cuerpo haya dado su máximo. El perfeccionamiento, por el contrario, es un proceso continuo en que los sujetos se hacen mejores. El tema de la violencia, el voluntarismo y la autenticidad, también son abordados por el autor en el capítulo evidenciando con un alto nivel de criticidad, igual que lo hace los temas anteriores. Censura a los teóricos de la educación y, específicamente, los sistemas educativos de occidente que aíslan la voluntad de la inteligencia y al respecto, expresa: “el voluntarismo con apariencia de orden y coherencia, es la tabla de salvación a la que se agarran los ciudadanos occidentales, para no caer en el sinsentido”. (p.86). El autor rechaza en su concepción teórica de ciudadanía y democracia todo indicio de violencia y voluntarismo y afirma que “la voluntad es necesaria en la educación en la democracia”. (p.89).

En el capítulo tres el autor destaca tres conceptos importantes que son: autoridad, tradición y religión. En tal sentido, destaca cómo en el occidente la autoridad, la tradición y la religión “han sido sustituidas por el deseo de autonomía y felicidad, presentes en la conciencia aislada de cada individuo” (p.94). Su valoración sobre la educación es bastante preocupante, pues la considera que está inmersa en una crisis que atribuye específicamente al autoritarismo y a la búsqueda de libertad, lo cual queda evidenciado cuando dice: “(...) se puede afirmar que, en el ámbito de la educación, la crisis de autoridad está unida a la crisis de tradición” (p. 95). En lo concerniente a cada uno de estos temas en el ámbito educativo, es importante destacar que, son abordados de manera muy objetiva por el autor, evidenciando su gran apertura y espíritu crítico.

Otro apartado que el autor incluye en este capítulo es: “Contemplación, arte y amistad”, en el que censura a los sistemas educativos por dejar fuera el valor de la amistad. Es importante recordar que la amistad es la base para crear lazos afectivos y empáticos con otros sujetos, de ahí que el autor le atribuya tanta importancia. La inquietud de Rumayor frente al estado actual de la amistad no es nada alentadora, por lo cual declara: “La amistad, la verdadera y bella relación entre las personas pasa por su peor momento” (p.102). Las palabras del autor invitan a una reflexión profunda, no solo de los sistemas educativos, sino también de las familias, donde se crean las primeras bases de la educación, de tal manera que, desde ella, se puedan incorporar ciertos valores en el modelo educativo familiar.

También, Rumayor aborda en este capítulo otro tema importante: estabilidad educativa o cautiverio social. El mensaje que el autor trasmite en este apartado es evidente, en la educación descansa la responsabilidad de garantizar la estabilidad social a través de la ciudadanía y la democracia, o, por el contrario, si la omite, contribuir con la privación de la libertad de los ciudadanos. La educación, ¿medio o fin? El autor le da respuesta a esta pregunta en el capítulo tres, al enfocar la educación en uno de sus apartados como medio y como fin, una cuestión fundamental en la comprensión de la educación y el rol que esta tiene en la construcción de la conciencia ciudadana. Los valores y fines democráticos es otro tópico respecto al cual Rumayor propicia la reflexión. Las palabras del autor en este sentido llaman a la reflexión acerca de si verdaderamente todos entendemos lo mismo cuando se habla de valores. El autor califica como inadecuada la clasificación de los valores en “valores -medio y valores -fines” (p. 120), por considerar que los valores democráticos son ambas cosas simultáneamente (fines y medios).

En el capítulo cuatro el autor exhibe nuevamente un alto nivel de criticidad frente a las concepciones teóricas de algunos autores en relación con los temas abordados. Uno de los temas que desarrolla es “el liberalismo individualista de John Rawls”. Rumayor se muestra en desacuerdo con el filósofo y profesor estadounidense y autor de la teoría de la justicia como liberalismo político. Pues para Rumayor, John Rawls establece una

diferencia entre ser “razonable” y ser “racional” que “traducido al lenguaje pedagógico sería enseñar a razonar a los niños solo para que encuentren utilidad en el presente social, dejando en una esfera intocable la autonomía (...) y la búsqueda de la verdad”. (p. 127). Es decir, la propuesta de Rawls a la luz de Rumayor tiene un carácter remedial – temporal y no contempla la verdad como herramienta para libertad plena y duradera. En este capítulo también el autor desarrolla el tema de la limitación del método de caso. Lo primero que hace el autor, tomando en cuenta a aquellos enunciatarios que no conozcan el término es, ofrecer una definición del método de caso, explicando que trata de “plantear a los alumnos un dilema ético, para su análisis”. (p.144). Este método es desaprobado por el autor, ya que desde su punto de vistas la misma realidad puede ser asumida por el mismo sujeto como derecho dependiendo de las circunstancias.

Uno de los temas más interesantes que conforman la valiosa obra de Rumayor aparece en el capítulo cinco: Mitos del igualitarismo educativo, la vieja dialéctica remozada. De acuerdo con las concepciones del autor, la igualdad que se promueve en los sistemas educativos es utópica, de ahí que él la enfoque como un mito. En tal sentido, especifica: “Tal mitificación romántica de la enseñanza de la igualdad de la que venimos hablando es propia de los sistemas políticos nacidos de la revolución francesa” (p.162). Como vemos, esta concepción deja en el olvido los aspectos circunstanciales de cada individuo y enfatiza “la trampa de la igualdad educativa”, lo cual invita a una profunda reflexión, en una sociedad en la que se habla mucho de igualdad, equidad e inclusión educativa. Por tanto, el autor difiere de la concepción de igualdad asumida por algunos estados y modelos educativos, incluyendo la educación socialista, puesto que para él “toda educación es siempre un proceso afirmativo y diferenciador” (p. 168).

En el capítulo seis el autor aborda el tema de “el emotivismo y la comunidad”. En este apartado, y apoyado en la voz de Aristóteles, el autor define al hombre como un ser “social por naturaleza” (p. 178). Otro tema retador que el autor desarrolla en este capítulo es: “Educación para la “gratuidad” frente a la “educación para el libre mercado”.

El tema constituye un gran debate, ya que la mayoría de los sistemas educativos del mundo están orientados hacia una educación para la renta, es decir, que preparan al sujeto para producir ingresos y no para la ciudadanía y para la democracia. El autor ofrece un punto de vista bastante surtido al respecto, y que merece la atención de los educadores, a fin de contribuir desde su ejercicio profesional con el desarrollo de la democracia y la ciudadanía. Otro tema que se presenta en el capítulo es “la Patria y la comunidad” en el que vincula los conceptos de estado, nación y familia, respecto a lo cual declara que: “es difícil hablar de tradición en una sociedad en la que las relaciones familiares están cada vez más rotas” (p.197). Con este apartado, en que el autor incluye la familia como parte importante en la educación para la ciudadanía y la democracia, se completa el cuadro de todos los actores que se ven implicados en el proceso de construcción de ciudadanía y democracia.

En el capítulo siete Rumayor desarrolla el tema “Lenguaje educativo en la democracia” en el que plantea que: “que uno de los caminos que con más pocos frutos se ha tratado de seguir en la educación para la democracia, es el de crear un lenguaje, que sea al mismo tiempo auténtico (...) y neutro en cuanto a los valores que posee”. (p.201). Por lo general, se piensa que solamente las acciones aportan a la ciudadanía, pero el lenguaje también juega un papel determinante y así lo evidencian los puntos de vistas expuestos por el autor en este apartado. La comunicación por la que apuesta el autor en el ámbito educativo está centrada en la verdad. Una expresión que resume en su totalidad sus planteamientos es la siguiente: “por la palabra descubrimos al otro (...) conocemos el proyecto de libertad que subsiste en la conciencia de cada ser humano” (p.203). El tema del lenguaje se amplía en otro de los apartados del libro titulado: El relativismo del lenguaje y sus problemas pedagógicos, en el que explica la compleja relatividad del lenguaje. Casi a lo largo de todo el libro y de manera más específica en algunos capítulos, Rumayor enfatiza en la afectividad, pero en este capítulo toca el tema en relación con la palabra, en el apartado titulado La afectividad y las palabras, en el que expresa que, “el uso adecuado del lenguaje

democrático influye en la afectividad” (p.210).

Definitivamente, el desglose de los temas que el autor hace en cada uno de los capítulos, logra su cometido provocando en quienes se acercan a la obra una convicción certera de lo expuesto. Además, las estrategias predictivas que emplea el autor provocan una respuesta anticipada ante las posibles brechas que pudieran abrirse ante los ojos del lector. Hay que valorar también el derroche de pedagogía que hace el autor al situarse en el lugar de los receptores e incluir explicaciones, definiciones y ejemplos. De igual modo, destaca como un elemento positivo el carácter polifónico del texto, puesto que, a través de las voces de otros enunciadores invitados, el lector puede tener una visión mucho más amplia acerca de los temas abordados en cada capítulo. Destaca también el espíritu crítico del autor, capaz de resaltar las virtudes de otros autores y refutar con objetividad y decoro aquellas ideas que desapruueba. Un aspecto que se visualiza como una oportunidad de mejora en el libro de Rumayor es la redundancia. Hay temas que son desarrollados ampliamente en un capítulo y sobre los cuales se redundaba en otros sin que aporten una información nueva para el autor, lo cual podría mejorarse con una reorganización de los temas abordados en cada capítulo.

En fin, “Ciudadanía y democracia en la educación” representa un gran aporte para la comunidad educativa en sentido general, tanto por la riqueza de su contenido, como por la forma clara con la que el autor desarrolla los contenidos. Finalmente, la propuesta de Rumayor es útil para todos los sistemas educativos. Basta con que se quiera incorporar en la enseñanza valores como: el amor, la afectividad, la prudencia, el lenguaje democrático, la igualdad, el desarrollo de conciencia ciudadana, el sentido de convivencia en comunidad y la empatía en el quehacer educativo.